

hayamos leído últimamente en la joven literatura narrativa peruana; y sino tan formalmente logrado como los de *Ciro Alegría*, por ejemplo, sí con más novedad y síntesis, a nuestro parecer, en su contenido. Esos *Quispes*, y *Huipalas*, y *Melchas*, e *Ichas* y *Malvinas*, manifestando al cabo no sólo una cuasi imposible y mísera condición material, sino también una fina y desconocida condición espiritual; y bajo el realismo un tanto gorkiano de la frase, sentimos gemir y cantar en estos cuentos —igual que una solitaria quena a la amanecida— el alma autóctona de la raza del Ande.—GUILLERMO KOENENKAMPF.



HOMBRES DE AMÉRICA, por *Eugenio Orrego Vicuña*

Comprende este volumen, muy bien presentado por Orbe, una galería de próceres, vale decir de aquellos hombres que cimentaron la organización política y social del continente y le dieron su prosapia intelectual. Es un grupo escogido, a modo de pórtico de los valores en que ha sido generosa esta tierra de viejas y misteriosas culturas y de barbarie ya tan historiadada. Cuentan en el volumen quienes no podían estar ausentes por su calidad de próceres máximos, y otros que en su trayectoria política y humana dejaron una lección de alcance universal. Ahí están, pues, los nombres gloriosos y estelares de *O'Higgins*, *San Martín* y *Bolívar* en el primer plano de la acción militar y política, y luego emergen las no menos grandes figuras de *Andrés Bello*, *Vicuña Mackenna*, *Bartolomé Mitre* y *Rubén Darío*, hogueras del espíritu revolucionario y de la lírica insumisa que habían de perdurar como emanación propia de la naturaleza bravía de esta América.

No habría parecido completo este grupo cimero en horizonte tan dilatado si no se hubiesen puesto en parangón, junto a los hombres de espada y de mando, las figuras del pensa-

miento y de la sensibilidad elevada a plano de creación revolucionaria. Orrego Vicuña podía haber ubicado en este volumen a militares y estadistas puros. Mas su condición de escritor de fina sensibilidad, de captador de símbolos, lo llevó sin mayor esfuerzo, al sentido integral de la apreciación histórica, de su significación profunda, dejando de lado el criterio puramente formal y estereotipado que tentara a ensayistas e historiadores de la gestación americana.

Naturalmente, en volumen como el que comentamos, no se puede, materialmente encerrar con la minuciosa y rica visión que se merece, tan abundosa pléyade. Cada uno de los hombres que allí se enmarcan daría para varios volúmenes. Pero el autor ha querido, al parecer, fijar en la atención hoy confusa de estas tierras, figuras que necesitan la integral comprensión de las multitudes, no sólo por su condición de pedestales de la arquitectura política, sino, y ésto es tan importante como aquéllo, porque concibieron y alimentaron ideales y doctrinas que respondían a imperativos no ya personales, de grupo o puramente nacionales, sino a un sentido y concepción genial de la vida, sin limitación de intereses o de otra naturaleza. Estos postulados ganan hoy el primer plano de la inquietud americana, en medio de un complejo de problemas inminentes, oscuros, trágicamente oscuros, que habrán de solicitar la capacidad política y social de los pueblos. El autor destaca la tónica ideológica de la mayoría de los próceres estudiados: la unión de los pueblos de este continente en una federación o liga, capaz de abordar los comunes problemas económicos, administrativos y culturales, con un sentido estratégico hacia la libertad y la dignificación de la tierra y el alma americana. Tal anhelo unitario, que el autor subraya con énfasis, sintiéndose en ello legítimamente heredero, como buen chileno, de aquel épico pasado, no logró en tiempos de la Independencia la expansión necesaria para triunfar decididamente dentro del proceso de la formación política. Las razones son fácilmente alcanzables. Había escasa

conciencia cívica y se luchaba en todas las encrucijadas contra un lastre retardatario de suma virulencia. Hay que multiplicar soluciones para lo inmediato, fortalecer organismos recién creados, infundir sentido responsable en hombres que aun no lograban arraigar en su alma los nuevos imperativos. El autor abriga la esperanza y hasta la certeza de mejores tiempos que permitan dar realidad a los sueños de los próceres. «Se avencinan horas cuya importancia podemos fácilmente percibir. Un espíritu nuevo caracteriza a las generaciones jóvenes que pronto han de tomar sobre sus hombros todas las responsabilidades del devenir americano. No es ya quimérico prever que el proceso de unificación continental entrará en la más interesante de sus faces» (pág. 174).

Otro de los aspectos que dan valor al libro es la demostración de la pureza espiritual de aquellos hombres y de su extraordinaria conciencia y dignidad, lo que explica el constante desprendimiento de que muchos de ellos dieron inaudito ejemplo. Tal excelencia humana resulta asombrosa para el hombre de hoy. Sólo la atmósfera de heroísmo y de sublimidad que penetraba la acción libertaria y creadora de aquellos hombres, podía permitir tal desprecio del poder y de la gloria política. Sin duda, las figuras de San Martín y O'Higgins destacan con deslumbradora radiación en tal sentido, máxime cuando los medios de que dispusieron les habrían permitido en todo momento inclinar los acontecimientos en favor de ambiciones desbordantes y de anhelos íntimos, que ellos no alentaron o desconocieron.

El autor inicia el volumen con una semblanza de nuestro prócer máximo, O'Higgins, a quien en nuestro país se le debía hasta hace poco, un real conocimiento. No cabe duda que el énfasis que agita y penetra esta semblanza, caldeándola en alto grado, guarda estrecha relación con la tónica dominante en la vida de O'Higgins, inclinada a lo épico y legendario. Su carácter vivo, vibrante, heroico, el miraje esencialmente dramático

y trascendente que apuntó siempre en sus empresas, merecen el tenso y vibrado lenguaje del bronce y del cántico. Destaca en esta semblanza la nota que el autor subraya y que es determinante en la comprensión del superior espíritu de los hombres de nuestra emancipación. «Cuando San Martín, constituido en Protector del Perú, pretendió más tarde establecer monarquías en América, idea a que Bolívar no fué hostil, se requirió el asentimiento del Director de Chile. Dos agentes diplomáticos le fueron enviados en misión confidencial. Mas primó el concepto republicano de O'Higgins y así aseguró de hecho el mantenimiento del régimen nuevo en los países recién libertados».

No es menos acentuado el escorzo de San Martín, que el ensayista interpreta con justeza, marcando sus excelencias, dándoles plasticidad impositiva y sugestión simbólica sobre las generaciones. Merecen especial mención las páginas que captan las luces y sombras de la entrevista de Guayaquil y el gesto trascendente de sujeción a la gran causa unitaria y luego de renunciación, como arbitrio supremo. Acaso la grandeza de los dos libertadores del Sur—O'Higgins y San Martín—esté contenida en este genio de las circunstancias, milagrosa conciencia que permite detenerse en la gloriosa y exitante trayectoria, o seguir!a unos tramos, según sean las circunstancias.

La estampa que consagra a Bolívar nos permite apreciar los ángulos fundamentales de la acción del prócer caraqueño, su genio militar, su carácter soberbio en la prosecución de una empresa de contorno gigantesco, su don organizador y su miraje político grandioso, aunque condicionado en su tiempo por los errores a que conduce la distancia del objetivo y su engañosa perspectiva. Aparecen en esta semblanza las excelencias del prócer y las debilidades del caudillo envanecido por el éxito y desgastado por el tremendo esfuerzo liberador.

Surgen en la mitad del volumen las luminosas figuras de don Andrés Bello, Vicuña Mackenna, Bartolomé Mitre y Rubén Darío, en sus relieves correspondientes y paralelos de for-

jadores intelectuales, de maestros del pensamiento americano y de la doctrina ejemplar. Grandes los cuatro, en Vicuña Mackenna y Mitre marchan a parejas la acción política o militar con la obra de creación espiritual calificada. Muestran ambos, perfiles acerados de combatientes y la obra literaria vino, puede decirse, a ser una versión superior de la experiencia política y social.

Las imágenes de Bello y Rubén Darío dan al libro una atmósfera de exaltación espiritual. Esbozadas con luz reverente y grata, se mueven ágilmente en su trayectoria humana y divina. Ambos alcanzan contornos de trascendencia, el uno en la radiación de una personalidad severa, el otro en la vibración máxima que había de fundamentar una auténtica poesía indoamericana, rica, fuerte, profunda y audaz, amasada en el milagro de una sensibilidad excepcional. Analiza el libro la evolución de la lírica de Rubén Darío hasta sus últimos versos y nos traza sin mermas la línea vagabunda, del poeta en relación con la línea espléndida de su poesía.

Tiene «Hombres de América», más que nada, el propósito de entregar a los públicos de aquí y de allá, una versión fácil y nutrida de estas figuras señeras que han dado a América la realidad profunda en que hoy se apoya para bien y orgullo de todos.—LAUTARO YANKAS.